RAFAEL LAHIGUERA LEÓN

# BARCELONA, LA HEROÍNA Y YO

«La vida no es la que vivimos,
sino cómo la recordamos para contarla».

Gabriel García Márquez

# Introducción

Para mí, los ochenta empezaron en el setenta y siete y acabaron en el noventa y cuatro. En estos diecisiete años de connivencia con traficantes de heroína, excepto mi compañera Sonia y el año que tuve un bar, solo me relacioné con pakistaníes. Primero por cuestiones laborales y después por particulares, frecuentaba sus mezquitas y asistía a sus fiestas. Platicaba con imanes que no lo eran y algún otro que sí. Con uno llamado Muhammad llegué a tener sincera amistad. Nunca llegué a sentirme identificado, pero eso no impidió que mi relación con la comunidad pakistaní fuese fluida y cordial. Entre otras razones, porque nos unía un factor común: la heroína.

No sabría decir si en ese tiempo fui un eficiente colaborador de traficantes y «viajeros» (mulas) que traían heroína de Pakistán o solo un intruso que no pasó de medrar entre ellos. Es probable que ni lo uno ni lo otro sea cierto del todo: recordar las razones que motivaron cada paso que di me es imposible. Ahora, por primera vez, trataré de ser honesto, una virtud que siempre eché de menos.

Aunque ya tenía algún antecedente en mi haber, no fui consciente de la existencia de la heroína hasta que conocí a Asuán Ben

Alí, el más eficaz y astuto traficante. En el año setenta y ocho, me pagó un millón por un bar que no valía nada y me ofreció un empleo imposible de definir, pero con un salario que doblaba la media.

Podría acusarlo de ser el que me corrompió con un sueldo que, poco después, no me parecía tan generoso. Pero también podría decir que fue mi ángel de la guarda, pues impidió que me lanzara con sus terribles consecuencias a ese mundo de muertes sin sentido, como fue la heroína. También me introdujo en su comunidad por la puerta grande, pero esto no sé bien cómo calificarlo.

Para aquellos primeros pakistaníes, yo era el chico bueno, el buen cristiano que entendía a los musulmanes, que no era racista porque les ayudaba en esas cosas que ni traficantes ni imanes podían en esos primeros años. Básicamente, se trataba de conseguirles pisos de alquiler y presentarles a gestores de confianza que ni yo mismo conocía; eran favores que me servían para justificar mi generoso sueldo y aquel millón que nos permitió a Sonia y a mí alquilar y amueblar un precioso piso. Por este hecho, siempre me sentí agradecido y en deuda con él.

Cuando mi jefe me dijo que vendía heroína, ni me sorprendí ni me escandalicé: tras un año tratando con una parroquia (la del bar) que traficaba con más drogas de las que yo conocía, para mí la heroína solo era una droga más. Mi maltratado bar también se utilizaba para vender mercancía robada; casi todos los consumibles del bar lo eran. Después de esa experiencia, que duró poco más de un año, quedé vacunado de los perjuicios de las drogas y la delincuencia en general: un curso acelerado de adaptación y asimilación a un mundo nuevo para mí. Pero nada de eso cambió mi naturaleza de buen cristiano, aunque bien es cierto que puse todo mi empeño en librarme de ella.

Con este antecedente, que Asuán Ben Alí se dedicara a traer droga de su país solo me pareció una continuidad de lo mismo,

pero con mayor sueldo, menor esfuerzo y sin la responsabilidad de que se utilizara el bar, que también era mi hogar.

En el año ochenta y tres, pese a que la heroína empezó a ser un negocio millonario, o tal vez por eso, me sentí marginado por mi jefe. Entonces decidí sacarme el carnet de taxista con la intención de ejercer como tal, pero, por la inercia de los acontecimientos, Asuán Ben Alí, que no quiso dejar de ser mi jefe hasta que lo vio conveniente para sus fines, se convirtió en mi único cliente. Y así fue hasta el año ochenta y nueve. Con lo cual, en poco o nada cambió nuestra relación.

Todo esto lo iba recordando en largas conversaciones con Sonia, mi maravillosa compañera desde 1978. Poco a poco, el deseo de recordar, de reconocerme, de volver a vivir aquellos años de mi primera juventud, me impulsaba a contárselos cada vez con detalles más precisos. Y cuanto más recordaba, más absurdo me iba pareciendo todo; incluso aquel infame sentimiento de fracaso y frustración, que ahora me parece un insensato insulto a la lógica y a la razón.

En aquel tiempo, cuando llegaba a casa fingiendo cansancio, me desahogaba con Sonia contándole mentiras que justificaban otras. No se dejaba engañar, pero nunca dejó de escucharme. Ahora, que ya olvidé qué mentiras fueron, me dejo llevar por aquellos sentimientos de impotencia que me dominaron y que tan injustamente le oculté. De ahí su curiosidad, su insistencia en hacerme preguntas que, poco a poco, fueron destapando secretos que nunca debieron ser.

No me atreví a decirle que todo fue pensando en ella, porque no habría sido verdad ni justo; Sonia, pese a que nunca dejó de vender barritas de hachís con su inseparable Tere, siempre me animó a que me olvidara de los «moros» y su maldita droga que tan mala fama le daba a la que ella vendía... y a todas las

demás. Pero yo ansiaba hacerme con un capital que nos hiciera ver la vida de color de rosa. Más que ambición, era el sueño de un enamorado que luchaba contra su propia naturaleza mientras la vida le pasaba por alto. Cuando por fin conocí la sinceridad de sus sentimientos, decirle que arriesgué mi libertad para conseguirle un paraíso de cartón-piedra habría sido el mayor de los despropósitos.

Ahora, que estamos más cerca de los setenta que de los sesenta, me atrevo a contárselo todo porque sé que solo saldrá de ella una tierna sonrisa de comprensión por tantas mentiras y estupideces.

Deberían haberme bastado las largas y sosegadas conversaciones nocturnas con mi paciente compañera para quedarme en paz con mi conciencia, pero no fue así: después de veinticuatro años de ausencia, me entró una insana curiosidad por saber qué opinaba la gente sobre la comunidad pakistaní. El resultado, que bauticé como «milagro pakistaní», me sorprendió tanto que me sentí obligado a escribir este libro.

# El milagro pakistaní

*Barcelona, 2018*

Aunque ya hacía treinta y cinco años que era taxista y veinticuatro que abandoné toda relación con los pakistaníes, no fue hasta ese año cuando sentí curiosidad por saber qué pensaban mis clientes (usuarios del taxi) sobre la creciente y próspera comunidad pakistaní, que yo tan bien conocí desde sus inicios.

Como es natural, había opiniones para todos los gustos. Los más radicales no dudaban en acusar a la sociedad de racista, fascista, capitalista, materialista... Hablaban de los pakistaníes como si los estuviéramos explotando o poco menos. Yo los dejaba hablar hasta que finalizaba la carrera. Después, mientras daba el cambio, los miraba fijamente a los ojos y les espetaba: «Los pakistaníes solo trabajan en tiendas que son suyas, y el dinero lo consiguieron vendiendo heroína». Algunos llegaron a tildarme de racista, xenófobo y otras cosas peores. Ni me ofendía ni merecen más comentarios.

Las personas que se aproximaban a mi generación y sinceramente interesadas en el tema —no más de un cinco por ciento— fueron las que realmente me escandalizaron. Casi sin excepción, alababan sus virtudes como trabajadores y honrados comercian-

tes. Estos halagos eran objetivos; de todos es sabido sus bajos precios y la cantidad de horas que mantienen abiertos sus establecimientos. No les quería contradecir y, abundando en ese razonamiento, añadía que su humilde modo de vivir les permitía mantenerse por poco rentable que fuese el negocio en cuestión.

Aceptando estos hechos, se daba por supuesto que a eso se debía la proliferación de tantas tiendas regidas por pakistaníes. Cuando salía el tema de la «monopolización» de Las Ramblas y otros lugares emblemáticos de la ciudad, ya resultaba más dudoso que en esas virtudes estuviera la respuesta. Entonces, lanzaba mi pregunta: «¿Cuál cree usted que fue su fuente de financiación?». Aquí, el sorprendido era yo: todos contestaban, sin dudar, que la heroína.

Había tanta naturalidad en esa respuesta que ni procedía aparentar sorpresa ni mucho menos indignación: si la sociedad había llegado a ese tácito consenso, yo era el menos indicado para cuestionarlo.

No era el perdón ni el olvido, sino la total desvinculación entre la trágica década de los ochenta y el resultado final: una próspera y pacífica comunidad musulmana afincada y echando raíces en Barcelona. «*Els nous catalans*», como me dijo en cierta ocasión una bien intencionada funcionaria del Ayuntamiento.

La crisis del 2008 provocó un repunte en el tráfico de heroína. Del siempre conflictivo barrio del Rabal surgieron los llamados narcopisos. En ningún momento noté que se extendiera a otras partes de la ciudad, aunque he de decir que tampoco me esforcé demasiado en averiguarlo. Influenciado por mi experiencia, entiendo que todo pakistaní es un traficante en potencia. Pero, por lo mismo, también que no tienen alma de delincuentes: el mismo que se la juega trayendo una maleta con un par de kilos, después, estará doce horas tras el mostrador de un modesto negocio. Esta doble condición es lo que les hace indetectables. De cara a la

gente, siempre prevalecerá la imagen humilde y laboriosa. Y ellos lo saben.

Tal como lo entiendo, para que haya sido posible este «milagro» hemos colaborado todos: tener más en cuenta las virtudes que los defectos siempre es una actitud saludable. Y bien sabemos de las virtudes pakistaníes. Sería injusto y falso acusarlos de parásitos que han venido a por nuestro dinero y largarse. Salvo contadísimas excepciones, y sin que signifique atenuante alguno, me consta que su idea desde el principio fue quedarse y formar parte de nuestra sociedad. Esto no quiere decir que tengan que abandonar sus costumbres, tradiciones y mucho menos su cultura religiosa como sello identitario: una filosofía que acapara su visión del mundo y forma de vivir. Nada de eso debe ser fuente de conflictos.

Que unos piensen que los tenemos explotados y marginados y que otros, a pesar de la heroína y sus consecuencias, les feliciten por establecerse con cierto éxito solo puede significar que son aceptados y comprendidos por la inmensa mayoría de la sociedad. Si no lo es, se parece mucho a un milagro.

Muchas de las preguntas que me hacía mi compañera iban dirigidas a cómo son y qué pensaba de ellos —para ella siempre fueron los «putos moros»—. Le había hablado de su éxito, el que calificaba como milagro, pero poco o nada de cómo eran. Su error, como el de mucha gente, era creer que todos son iguales. Yo, que tenía razones de sobra para saber que se equivocaba, me limité a ser objetivo. Primero, la advertí de su complejidad; le aseguré que no era lo mismo hablar con uno que con dos o más. También que no son tan diferentes a nosotros como creía y que entre ellos lo son tanto como lo podamos ser entre nosotros, que no hay que dejarse llevar por las apariencias ni por la primera impresión, que las diferencias, aparte de las referentes a su cultura religiosa, eran sutiles, y las evidentes no solían ser reales. Y, final-

mente, que el origen de tal milagro no estaba ni en el *boom* de la heroína ni en la expansión de sus comercios, sino en una predisposición forjada en las entrañas de su sociedad. Viendo su cara de extrañeza, decidí contárselo paso a paso.

Como ya sabemos, los pakistaníes profesan la religión musulmana. En mayor o menor medida, todos son practicantes, porque de eso dependerá el respeto y la aceptación social, tan vital para ellos. Que no lo sea tanto para nosotros, según los imanes, se debe a nuestra condición de infieles.

A los pakistaníes, a diferencia de nosotros (los infieles), les encanta hablar de religión porque tienen la certeza de su superioridad. Nuestro laicismo lo entienden como una lógica falta de fe a una religión equivocada que intentamos parchear con leyes políticas limitadas en sabiduría, pues surgen de la imperfección del hombre.

Según los estudiosos del Corán —imanes o no—, el catolicismo, por ser una falsa religión, es el origen de las injusticias del planeta y gran parte del mundo musulmán es la víctima. En parte, así justifican su pobreza. También les sirve como coartada o excusa para el tráfico de heroína y el terrorismo.

Esta idea tan enraizada cambia, excepto con imanes o estudioso del Corán, en el trato individual. Como ejemplo, pondré a mi jefe. Según él, que siempre presumía de haber estudiado en Inglaterra, las diferencias en las economías se deben a la Revolución Industrial, a nuestras guerras y a que cambiamos a Dios por el dinero. Estando un paisano como testigo, solo se habría atrevido a mencionar las guerras y la renuncia a Dios por dinero.

Sobre los temas religiosos no cabe discusión alguna: la fe no necesita argumentos. Basta que creas en la existencia de Dios como algo inevitable y necesario; lo demás pasará a ser tan discutible como el fútbol o la filosofía. Su parte laicista —que la tienen—

se limita al tema económico; dicen que los asuntos de negocios y dinero son terrenales y no hay que meter a ningún Dios por medio: «Nacer pobre o rico es cosa de Dios, pero hacerse rico o pobre es cosa de los hombres». Más o menos, lo mismo que diría cualquier laico. Y esto era aceptado por todos.

Lo que les hace diferentes, y ellos se esfuerzan porque así sea, no es la religión en sí, sino el sentido universal y totalitario que le otorgan: un hecho diferencial que cuidan y miman. Para ellos, la religión es una ética —y puede que estética— que orienta y dirige cada paso de sus vidas. Y todo lo que necesitan saber para este fin está escrito en su libro. Para defender esta postura, aluden a los muchos siglos que no han necesitado cambiar nada. De nosotros, católicos o laicos, hablan como si viviéramos en un error permanente: para ellos es ofensivo que, teniéndolo todo, no parezcamos ni contentos ni satisfechos; no conciben que un hombre que puede asegurarle sanidad y alimento a mujer e hijos no rece cada día para agradecérselo a su dios, sea el que sea. Todo esto se hace patente cuando están en comunidad, y bastan dos para que se forme una. Conclusión: para que un pakistaní pueda sincerarse es necesario que esté solo y que confíe en ti.

Que los imanes se muestren abiertamente beligerantes contra el poder político se debe a cómo se financia el religioso. Si dependieran del Estado o de una élite de ricos, como pasa con la Iglesia, la tendencia siempre será respetar, proteger y conservar el sistema establecido por medio de leyes. Pero si depende de la gente común, los políticos con sus leyes pasarán a ser un incordio, un ente que les restará poder frente a las masas. Un ejemplo clarificador fue lo ocurrido en el País Vasco: el poder adquisitivo de la clase media y media baja era tan alto que la Iglesia se podía permitir el lujo de pasar de los intereses del Estado y la gente pudiente. Por esto no es de extrañar su compromiso con ETA, que se declaraba defensora del proletariado, en este caso, de la masa votante.

Los que se atrevían a soñar con una futura riqueza —en esto suelen mostrarse bastante cautos— ambicionaban lo mismo que el común de los mortales: coches deportivos, grandes casas con jardín y piscina, ropa de marca... En definitiva, todas esas cosas que critican de nuestra cultura materialista y secularizada. Calificarlos de hipócritas, como yo hice en más de una ocasión, no sería justo, porque solo es una cuestión de principios y valores que priorizan en un orden diferente al nuestro: no critican al rico por no repartir su riqueza, pero sí le exigen que cumpla con los preceptos religiosos con más rectitud que los demás. Si es así, se le respetará sin que importe el origen de su fortuna ni lo que haga con ella. Y, si no, se le considerará un enemigo de su dios, que es como decir de todos.

Las diferencias digamos sustanciales —y, según entiendo, el origen de todo— las encontraba cuando me hablaban de su sociedad. La que más indignó a mi compañera Sonia trataba sobre su peculiar sentido del honor o reputación. Partiendo de una pobreza difícil de asimilar para una mentalidad occidental, una familia con uno o dos varones ya se puede considerar afortunada porque, según sus escalas, ya está o puede estar fuera del umbral de la pobreza. En cambio, si eran hembras, la familia estaba condenada a la miseria. Lo decían en la seguridad de ser entendido como algo lógico. Y así lo quise entender.

El problema radicaba en que consideraban como un menoscabo a la reputación —tanto de la familia como de la hija en cuestión— que una mujer trabajara fuera de casa. Argumentaban que, si era capaz de ganarse la vida por sus propios medios, difícilmente encontraría a un hombre que la aceptara como esposa y madre de sus hijos. Y como los padres, en su amor infinito como tales, querían casarlas en las mejores condiciones, procuraban a cualquier precio poner a salvo su reputación. Para conseguirlo, el sacrificio, según nuestros valores, era inhumano.

Todo pasaba por salvaguardar su «pureza» y dejar constancia de ello. Y la manera más eficaz de conseguirlo era aislarlas del mundo, de la vida: desde los ocho años ni pisaban la calle ni se les permitía contacto alguno con otros niños. Solo así la reputación quedaba intacta. Después, cuando les venía la menstruación, solo quedaba por demostrar que la aún niña estaba sana. No lo verificaba un médico, sino la futura suegra. Al fin, solo necesitaba saber que estaba entera y apta para las tareas domésticas, cuidar de los futuros hijos y poco más. Entonces, se confirmaba el compromiso y, pocos años después, el matrimonio.

Cuando me contaban estas cosas, alegaban que eran costumbres antiguas que se estaban perdiendo. Como una prueba de «modernidad», decían que ahora las revisaba una doctora, que en realidad era una mujer especialista en estos menesteres. Alegaban que en las ciudades ya se habían perdido tales costumbres, que era cosas de los pueblos y aldeas donde apenas tenían contacto con el resto del mundo.

Si esta cuestión la hablabas con uno, no tenía problemas en criticarla, aunque comedidamente. Pero si había un paisano como testigo, buscaban razonamientos que la justificara. Y, si eran varios y poco conocidos entre sí, la defendían sin complejos. Alegaban que un matrimonio con estas características era garantía de estabilidad y muchos hijos. También, y como algo muy positivo, que así una familia muy pobre garantizaba el mejor futuro a su hija, al tiempo que se quitaban una carga económica de encima. Respecto al amor, no asimilaban que una mujer no quisiera a un marido que cumplía con sus responsabilidades como cabeza de familia y los preceptos religiosos. Tardé mucho tiempo en comprender que el amor lo entendían como algo universal: daban por supuesto que un buen musulmán siempre amaría a otro buen musulmán y que todos eran buenos musulmanes hasta que no se demostrara lo contrario.

Como el resultado era una alta natalidad y escasos divorcios, se enorgullecían de ello. Las dos cosas eran ciertas, como también que se casaban jóvenes, que pronto se cargaban de hijos... y lo dispuestos que estaban a huir de mujer e hijos con una maleta cargada de heroína. Por esta razón, nunca faltaban «voluntarios» para hacer de mulas a cambio de papeles, trabajo y cobijo lejos de responsabilidades y obligaciones que, dada su juventud, claramente les superaban. Puede que me equivoque, pero estoy convencido de que este es el principio de causa-efecto, junto con la coartada que les proporcionamos los infieles con nuestra «religión equivocada», el verdadero origen de eso que llamo «milagro pakistaní».

En su favor, he de decir que la máxima preocupación era mandar a sus mujeres un mínimo de cien dólares mensuales. Con esta «bula» quedaban libres de pecado.

Conocí a los primeros pakistaníes en 1978. Por aquel entonces no tenían mezquitas. Se reunían la mañana del primer viernes de cada mes en un rincón del parque de la Ciudadela. Ante la curiosidad de los escasos paseantes, rezaban en cuclillas en dirección a La Meca. Un imán pronunciaba palabras en tono de alabanzas que solo ellos podían entender. Más que un discurso, parecían ruegos y lamentos. Yo esperaba a escasos metros, trajeado y con los brazos caídos y cruzados por delante, según me indicaba Asuán Ben Alí, mi jefe. El día en que más «fieles» se reunieron conté diecisiete. Mi primera impresión, ante tan extravagante espectáculo del que yo formaba parte, fue que eran muchos, como muchos me hubiesen parecido un par de chinos jugando al fútbol en el Barça.

Era una situación incómoda. Todos me miraban como a un intruso: mi presencia y que mi jefe me presentara al «imán» llamado Muhammad —un viejo simpático con el que pronto

hice amistad— parecía ofenderlos, pues no todos llegaban a ese punto de confianza. Otro detalle que me hacía ser mal visto era que creyesen en que yo podría influir en Asuán, incluso en Muhammad, pues no veían bien las confianzas que me tomaba con ellos. Estas reuniones o lo que fueran las organizaba mi jefe; él era quien pagaba al bueno de Muhammad por sus servicios. En confidencia, me dijo que el imán había escogido ese nombre en honor a Muhammad Alí, que llegó a ser el mejor boxeador de la historia porque se convirtió al islamismo. Desde entonces, yo solía saludarlo poniendo pose de boxeador y él me respondía sonriendo como un niño, pero pronto me prohibió que lo hiciera.

Yo sabía que mi jefe gozaba de una gran reputación dentro de esa naciente comunidad. Ya entonces era consciente de que me utilizaba exhibiéndome como un trofeo: yo, el chofer de su Seat 127 de un hortera color verde, vestido con un elegante traje gris perla, era una prueba de su estatus de casta alta. Asuán Ben Alí disfrutaba con esa situación y poco o nada le importaba lo que yo pensara. Para mí solo era un trabajo fácil y bien pagado.

Pocos meses después, gracias a las negociaciones que los imanes —de momento, piedra angular de la comunidad pakistaní— mantuvieron con el Ayuntamiento, pudieron disfrutar de mezquitas libres de alquiler. Eran simples locales sin mobiliario; solo un atril donde, ahora sí, sermoneaba el imán. Cuando esto sucedía, ya eran varios cientos los que se reunían: la colonia pakistaní aumentaba en paralelo al aumento de la venta de heroína, cosa que nada tenía de coincidencia.

Mi jefe era bastante escéptico en cuestiones religiosas, aunque procuraba que no se le notara. Para calmar mi curiosidad, me traducía en parte los discursos del imán de turno. Estos hacían llamamientos a la unidad, a que no perdieran sus costumbres, a que no se dejaran engañar por nosotros los infieles consumiendo lo mismo en el comer y en el vestir. Me parecía razonable.

Por aquel entonces había pocas tiendas pakistaníes. Aun así, se imponía como necesidad primordial que solo compraran en las tiendas de sus hermanos de sangre. El imán también hacía llamamientos a la humildad. Esto iba dirigido a los traficantes de heroína, que eran los que les mantenían con generosas donaciones. Primero los ensalzaba como héroes salvadores. Después les recordaba sus deberes para con sus hermanos y, finalmente, acababa diciendo que solo Dios tenía potestad para acusarlos y castigarlos. Es decir, que nadie de los presentes podía hacerlo. No era que vendieran su alma a los traficantes; cuando hubo suficientes feligreses con alto poder económico sin necesidad de ser traficantes, no dudaron en ponerse de su lado arruinando a los traficantes pioneros. Esto quedará explicado más adelante.

Como era un despilfarro que estos locales solo se utilizaran unas horas por semana, decidieron montar tiendas con productos chinos, que ya empezaban a estar de moda. Pronto se dieron cuenta de que era anticomercial cerrarlo los viernes: por un pequeño dispendio, el imán tuvo a bien celebrar sus homilías los domingos por la mañana. Personalmente, me parecía bien que utilizaran su religión, costumbres y tradiciones como escudo protector a su cultura y orígenes. Y que lo hicieran con sentido práctico, anteponiendo el realismo económico al espiritual, delataba que en el fondo no eran tan diferentes a nosotros. Aunque también es cierto que esta práctica no fue del todo generalizada.

Una característica de los pakistaníes era su esfuerzo en ofrecer una imagen que les alejara de la que ofrecían los hindúes. Hablaban de ellos como seres inferiores sin recato alguno. Yo aprendí a diferenciarlos por la vestimenta: los hindúes usaban peor la ropa occidental. Por eso se burlaban de ellos. También era cierto que los hindúes tenían una actitud más tímida, como si se avergonzaran de sí mismos. Se podría decir que estaban menos dotados para adaptarse o que hacían menor esfuerzo para con-

seguirlo. A ojos de los pakistaníes, esto se debía a que no tenían suficiente nivel para vivir fuera de su país. En definitiva, que eran inferiores a ellos.

El concepto pakistaní de la elegancia se limitaba a la ropa de marca, por muy de *sport* que esta fuese: no concebían que un chándal es solo un chándal por mucho que hubiesen pagado por él. Es cierto que vestían mucho mejor que los hindúes, pero me chirriaba tanto artificio. Los comprendí mejor cuando lo entendí como prueba de voluntad en adaptarse. Esto fue cambiando con el tiempo; ahora, ya han diversificado su modo de vestir y les cuesta menos lucir prendas típicas de su país en combinación con tejanos, por ejemplo.

Que alardearan de su superioridad sobre los hindúes me parecía superficial, pero el odio hacia los judíos no era nada inocente. Para ellos eran la esencia del mal. No admitían la más mínima duda sobre tal condición. Decían barbaridades sobre el pueblo hebreo. Para resumir, diré que para ellos Hitler no solo fue un héroe; también, un mártir de la causa sionista. Todavía no entienden por qué, nosotros los católicos, no lo defendimos. Recurriendo a la Biblia —lo hacían en muchas ocasiones—, aseguraban que la raíz del mal judío fue convertir el becerro de oro en su único dios: era la explicación al origen de su maldad. Yo solo me atreví a decirle a mi jefe que, al fin, es el «dios» que hemos elegido todos. Su respuesta fue una carcajada, que nunca supe bien cómo interpretarla.

Cuando el imán de turno, o quien fuera, conseguía una subvención, lo anunciaba en las mezquitas como un triunfo de su dios. Es decir, de él, y nunca gracias a la generosidad de la administración. En el mejor de los casos, y si estaba presente, se lo agradecía al funcionario responsable presentándolo como una buena persona. Después, en su idioma, daba a entender a sus fe-

ligreses que era un acto de justicia que los «hombres malos» les negaban por su condición de musulmanes. Cuando mi jefe me lo tradujo, me reí de tanta demagogia. El fin último que pretendía no era solo ganarse la confianza de sus feligreses, sino dejar constancia de que nadie les daba nada, solo lo que por justicia divina les pertenecía.

Las mezquitas, aparte de los rezos, servían para unificar criterios e intereses. El imán escuchaba a todos y daba consejos como el que reparte caramelos; no daba explicaciones ni se las pedían, pero asentían confiados. Esta fe en el imán fue fundamental para aprovechar los recursos generados por la heroína en favor de los que realmente querían trabajar y traer a sus mujeres e hijos. Es decir, de la comunidad.

En una ocasión, el bueno de Muhammad me dijo algo que me dio mucho que pensar. Fue cuando utilicé el término «emigrante» para dirigirme a la comunidad pakistaní. No lo dije en forma despectiva, pero así se lo tomó: «Nosotros no somos emigrantes porque no emigramos; nos expandimos por el mundo para extender el islamismo porque es nuestra obligación». Podría ser que ese fuera su deseo como imán, pero yo solo veía traficantes que se querían enriquecer y gente que buscaba una vida mejor, por mucho que respetaran los preceptos religiosos. Pero también podía entenderse como un objetivo a largo plazo, una guerra silenciosa que libraban con su droga, su laboriosidad en humildes tiendas y en las barrigas de sus mujeres, «condenadas» a ser solo madres. Me resultaba curioso que hasta los pakis con menos vocación religiosa se sintieran orgullosos de esta «guerra».

A nivel individual, la práctica religiosa dependía de según cómo le fuera su «industria». Entre los empleados, que primero habían sido mulas, cuanto más alto era el grado de satisfacción económica, menos necesidades religiosas tenían. En cambio, los menos satisfechos acudían sin falta a las mezquitas a cumplir con